

—¡Viva el emperador! fué el eco que salió de todos los pechos intervencionistas.

La orquesta tocó la marcha nacional, y el más vivo entusiasmo enardeció los corazones.

La conversación se hizo general, las opiniones se sucedieron, las disputas volvieron á entablarse al saber las condiciones puestas por el archiduque.

—Ya, decía Doña Canuta, ya le tenemos entre nosotros coronado, ya el imperio es cosa resuelta, es necesario una junta de señoras que reciba á S. M. la emperatriz, no porque yo quiera ser dama de honor, sino por la urbanidad, las reglas de buena educación, además que no todas saben de estas ceremonias. ¡Dios mío! ¡cuando presente á mi Luz en la corte, qué caravanas que me harán los chambelanes, yo estoy loca, Efigenia!

—Yo me he repuesto de mi desmayo, amiga mía, el gozo me ha dado la salud, Cantolla estará loco.

—Fajardo no podrá contenerse, va á hacer esta noche mil locuras.

—Como que ya se trata de un gallo.

VII

—Ya tienen *amo* todos estos señores, dijo Enrique, no pueden disimular su alegría, dentro de tres semanas bailaremos el *minuet* y el *zorrico*, como en la corte de Revillagigedo; ¡qué monstruosidad!

Los regentes se habían retirado y la concurrencia de buen tono.

Quedaba allí esa clase que forma en las últimas filas de la media, entregada á sus costumbres de mal gusto.

—¡Cotillón! ¡cotillón! gritaban entusiastas varios empleados.

Ese baile de mal tono en una reunión distinguida, decidió sobre aquella concurrencia, que volvía la tertulia una reunión de mucha *confianza*.

—Esto es abominable, exclamó Enrique, ya ni en los bailes de último orden se permiten estas pantomimas del *cotillón*. Esta gente no sabe lo que se pesca, se han olvidado que bailan en los palacios de la Regencia.

—S. A. I. y R. tendrá que contentarse con esta gente en sus fiestas imperiales.

—No importa, las Tullerías en una de sarao parecen un cuerpo de guardia.

—Los cuarteles dan su contingente para formar la aristocracia del segundo imperio.

—¡Las cinco de la mañana! estas señoras bailan como unos comerciantes en domingo, esto es democratizar las tertulias de la Regencia.

—¡Voto al infierno!

—¿Qué sucede?

—Qué ha de ser, que á los gritos de viva el emperador, me han cambiado mi sobretodo flamante por un monasterio más viejo que el *cotillón*.

CAPITULO CUARTO.

EL ALMA EN PENA.

I.

Nueve años hacía que un miserable anciano arrastraba la cadena del galeote, acusado de haber hecho desaparecer á su consorte.

Nueve años son la vida y la juventud de un hombre.

El pueblo de Ario había presenciado el juicio de Antonio Martínez, y sin tener nada que alegar en su favor, protestaba contra la sentencia de los tribunales.

El tiempo había venido á conaturalizar al pueblo con el espectáculo del presidiario, y á este con su cadena y trabajos de su situación.

No obstante, aquel hombre esperaba algo, y su resignación era un aplazamiento al gran día de la justicia.

La firmeza de carácter del anciano, llegaba á una altura inconcebible.

Se había propuesto no ver á su hija mientras arrastrara la cadena del presidio, y la pobre niña estaba condenada á la privación de las caricias paternas, y á ver al desgraciado autor de sus días, tras las rejas de su ventana, cuando pasaba á la sacada de piedra ó á componer los caminos públicos.

Pablo, el hijo mayor, había desaparecido en el tumultuoso de la revolución; el hijo se había olvidado del padre, y el hermano de la hermana.

Tres seres envueltos en la noche del infortunio.

Una mañana el cabo de presos echó de menos al reo Antonio Martínez.

—¿Qué se ha hecho el compañero? preguntó á un presidiario.

—Nada, anoche le subió la sangre, llamamos al alcaide y dijo que el reglamento prohibía abrir el calabozo á deshora; así es que Martínez murió á la madrugada sin auxilio alguno.

El alcaide tenía razón; el reglamento es una ley y cartucheras al cañón.

II.

Al caer la tarde del 9 de Diciembre de 865, una fuerza republicana entraba en Ario, después de haber hecho huir á la pequeña guarnición imperialista.

Las autoridades se habían ocultado, y todas las casas estaban cerradas.

Las campanas que tocaban á *rebato*, entraron en muda.

Luego que la población supo que el General Pueblita era el jefe de la fuerza, la ciudad se reanimó como por encanto, se encendieron y las campanas repicaron, anunciando que el soldado de la revolución de Ayutla, el querido soldado michoacano, era el huésped de la población de Ario.

Todos los amigos ocurrieron al alojamiento del general, todos lo abrazaban, los viejos lloraban de gusto y de emoción, y los jóvenes se declaraban sus ayudantes, sus soldados, sus guerrilleros.

Pueblita era el hombre de la popularidad en Michoacán, en ese suelo encantado donde Dios ha puesto el paraíso de América.

Pueblita era hijo del pueblo, su elevación se la debía á sus patrióticas acciones, no se había soberbecido, lo que acrecentaba su popularidad, era republicano de corazón.

Indomable en los principios que el buen sentido le sugería, aleccionado por Ocampo, á quien había escuchado como á un sacerdote de la democracia, sus armas sirvieron en defensa del progreso y de la libertad, y combatían entonces contra la invasión francesa.

La catástrofe de Puebla y México, la muerte de su querido general Llave, lo habían hasta cierto punto desmoralizado.

Su alma siempre serena como un astro, cedía á la influencia general y comenzaba á perder la fe, aunque en sus labios no apareciese nunca una sola palabra que revelase la tempestad de su alma.

¡Pobre general! al poco tiempo cayó en una emboscada, y fué muerto por el sable de los cazadores de Africa.

III.

El capitán Martínez lo acompañaba, porque Pablo era hijo, como él decía, "de la mala vida," nuestro amigo se conserva tan alegre y entusiasta como el primer día.

Ignoraba si estaba aún su padre en aquella población, y de todas maneras se había propuesto ponerle en libertad y vengarse de los que interceptaban sus cartas.

—Yo les tocaré, decía el guerrillero, la música del *maestro Alejandro*.

Pablo no se había separado del teniente Quiñones, que era más que un hermano para el guerrillero.

Después que alojó á la tropa, se dirigió á la autoridad constitucional y pidió alojamiento para él y su compañero.

—No queda ya, dijo el alcalde, sinó la casa de los *Duendes* que está á extramuros del pueblo.

—¿Qué duendes son esos? preguntó Martínez.

—Hace tiempo que el señor capitán falta de su país; á no ser así, ya hubiera llegado á sus noticias la historia de esos duendes y aparecidos que traen revuelta á la población, y que nadie se atreve á afrontar.

—Yo afronto hasta al demonio, ¡cuernos de Lucifer! dame boleta.

—Para los duendes no se necesita; pero yo le aconsejo al señor capitán que no se exponga á ser *espantado*.

—Preocupaciones, dijo Martínez á su compañero que se reía maliciosamente de los escrúpulos del alcalde.

—Seguid la calle recta, tomad á la izquierda, y desde allí se ve el edificio que se llama el *Castillo* de los *Duendes*, y el pobre alcalde se santiguó tres veces.

—Compañero, esta noche cenaremos con los duendes, veremos qué tal guisan las *duendas*.

IV.

Los dos amigos se echaron calle adelante, y á los diez minutos estaban reconociendo la casa de los fantasmas.

El capitán ordenó á Quiñones que permaneciera en la puerta mientras él registraba los aposentos.

En vano Quiñones trató de persuadirlo á que se dejase acompañar.

El capitán registró su revolver, movió su espada para asegurarse que no le faltaría en un lance y prendiendo una tea, se encaminó pistola en mano al interior del castillo de los duendes.

El edificio era un mesón abandonado.

El patio era inmenso, algunos pilares amenazaban ruina, y en todo el techo de los corredores anidaban los murciélagos que comenzaron á revolotear en derredor de la tea.

—¡Eal! ¡gritaba el capitán, no me maten la luz, avechuelos del infierno! y agitaba la antorcha para evitar que la apagase el aleteo de los muchuelos.

Estos duendes no parecen, si se habrán transformado en murciélagos, ¡demonio! es ocurrencia de muy mal gusto,

Atravesó los pasadizos desenladrillados y se internó en los aposentos.

Todo estaba desierto.

En uno de los cuartos había un banco de cama y una mesa todo cubierto de polvo.

—¡Magnífico! exclamó, la mesa para mí, la cama para Quiñones.

El viento silba con furor entre los bastidores de las puertas hechas pedazos.

—Pues señor, los fantasmas han desaparecido: como no me inquieten esta noche yo los dejaré tranquilos; parece que estos duendes no se atreven á los revólveres; seis tiros son más que respetables.

Volvió á bajar las escaleras apartando la yerba que había crecido en todos los tramos, así como en los patios de la finca abandonada.

V.

—Ya estaba inquieto, mi capitán, dijo Quiñones, yo he tenido que emprender una lucha con los murciélagos.

—Era una guerrilla de la fuerza que me atacó en los corredores. Tenemos un alojamiento de príncipe, una mesa y una cama, ni Maximiliano pasa una noche más cómoda.

—Mirad cómo nos acechan los vecinos, seguramente nos juzgan aparecidos.

—Vamos á cenar y luego volveremos á dormir el sueño del justo, á menos que se les antoje á los franceses darnos un albazo.

Los dos amigos se dirigieron á la fonda del pueblo, cena-

ron como dos arzobispos, y tomaron una dosis suficiente para resistir á cuantos fastasmas les diese la gana de asaltarlos.

—Compañero, yo debo tener familia en este pueblo; hace algunos meses que supe que mi hermana se había trasladado á la población; mañana temprano indagaremos. La suerte de mi padre me inquieta, yo soy un ingrato, con la revolución he olvidado todo, le he enviado dinero á mi hermana y nunca he tenido contestación, la oportunidad no ha de desperdiciarse, yo dejo todo arreglado, y desato para de una vez este maldito enredo que me trae inquieto hace tantos años.

—El general quiere á usted mucho, mi capitán, y haré cuanto usted le diga.

—Compañero, fuera de este maldito asunto, ya nada me detiene, entonces no me volverán á ver de mal humor, yo sé pelear riéndome, teniente Quiñones, la muerte es mi amiga.

VI.

Regresaron los dos guerrilleros á su casa alojamiento con grande asombro de las viejas y vecinos medrosos del pueblo, que los veían como almas tentadas por los espíritus malignos.

La noche había cerrado oscura y lluviosa, y comenzaba á azotar una tempestad de invierno.

El capitán comenzó á recordar sus años de la niñez deslizados en la tranquilidad del hogar paterno, las caricias de su infortunada madre y las gracias dulcísimas de su hermana, de aquella criatura angelical á quien no había vuelto á ver hacía nueve años.

Quiñones se durmió tranquilamente, mientras el capitán había entrado en ese vago sopor que precede al sueño, en que comienzan á aparecer tomando forma las imágenes, y se percibe el acento de su voz, para entrar en las regiones de lo infinito y de lo irrealizable.

Estaba envuelto en la nube de sus pensamientos, cuando un ruido de cadena se dejó oír en la pieza inmediata.

Sentóse el capitán violentamente y amartilló su revólver.

Esperó un momento.

El ruido se oyó más cerca.

El capitán se estremeció: involuntariamente se llevó la mano al corazón y procuró serenarse.

Quiñones dormía profundamente.

El capitán no quiso despertarle porque no lo tomase por terror, así es que esperó decidido á los fantasmas, resuelto hasta el último trance.

VII.

Un golpe de viento mató la luz del mechero, y todo quedó envuelto en una tiniebla espantosa.

El ruido se acercaba más y más.

La puerta giró sobre su goznes, y se percibió claramente el paso de una persona que entraba en el aposento.

El capitán estaba seguro de no soñar, iba á disparar, cuando recordó que Quiñones podía haberse movido y podría matarlo tirando al caso.

Una mano fría y trémula se posó en el hombro del guerrillero.

El capitán se estremeció aterrorizado, quiso disparar la pistola, pero el fantasma le asió con la otra mano con una crispación terrible.

Quiso gritar el guerrillero, pero su lengua no tuvo acción, estaba paralizada.

—No hagas movimiento alguno, dijo con voz lúgubre el fantasma, porque eres muerto tú y ese desgraciado que te acompaña.

Bien, dijo el capitán ¿que me quieres? tú no eres una persona del otro mundo, algo te arrastra hacia mí cuando sabes que yo no puedo inquietarte, porque sólo esta noche dormiré en este edificio.

El fantasma permaneció en silencio.

—¡Habla! gritó el capitán, desesperado y procurando desasirse de las ligaduras que parecían hierro; si eres un asesino estoy á la pared de tu puñal, si nó, dime lo que quieres de mí.

—Matarte.....no, sería mucha sangre; tú debes vivir, pero lejos de aquí.

—¿En qué puede inquietarte mi presencia?

—Pablo Martínez, este sitio es funesto para tí, dijo el fantasma con voz cavernosa.

El teniente Quiñones oía la voz del capitán, y dijo entre dormido y despierto:

—Mi capitán sueña con los duendes.

El capitán perdió la esperanza de que lo auxiliara su compañero.

—Al Saber mi nombre, tú debes conocerme.

—Sí, dijo el fantasma, he seguido tus pasos en la revolución, sólo tu puedes ejercer una venganza.

Esa palabra arrojó una luz en el corazón del guerrillero.

—¡Dios, mío exclamó, mi madre!

—¡Silencio! voy á hacerte una revelación en esta memorable noche.

—Habla, dijo con voz ahogada el capitán.

—Tu madre era hermosa: hubo un hombre que sintió por ella una pasión violenta y la arrebató del fondo de su hogar para encarcelarla en un sótano horrible donde ha vivido sepultada durante nueve años.

—¡Conque mi madre vive! exclamó el capitán.

—Cuidado con que ese hombre despierte, porque no sabrás una palabra más de este secreto.

—Ya te escucho.

—El infame raptor tuvo un confidente, un cómplice que obedecía ciego sus mandatos....

—Continúa por compasión, dime algo de mi madre.

—Dos gemelos fueron fruto de aquella sacrílega unión, de aquel horrible adulterio.

—Pero mi madre no le amaba.

—No, ella fué violentada; por medio de un engaño se la llevó á una casa donde hasta hoy permanece. El miserable que había arrancado por medio de la fuerza lo que nunca indicó por amor, ha seguido una senda terrible de crímenes. Aquellos dos niños fueron entregados al cómplice para hacerlos desaparecer.

—Pero ese hombre es un infame! exclamó el capitán.

Quiñones hizo un movimiento.

—Silencio, volvió á decir el fantasma. Ese hombre cree que esos niños han muerto, teme que por la huella se descubra su crimen.

—Y no hay justicia en el cielo!

—Sí, sí la hay y terrible: escucha capitán. El cómplice llegó á tener una pasión por la víctima desgraciada, pero fué descubierta, y desde entónces tu infeliz madre arrastra una existencia más dolorosa aún, y el cómplice por temor de subir al cadalso, no se atreve á denunciarle.

—Todo esto es horrible, espantoso!

—Es necesario que salves á tu madre, ya que la providencia te conduce á este sitio después de tantos años, como la mano de un destino vengador.

—Estoy pronto.

—Sígueme.

Levántose el capitán.

El fantasma sacó de entre su mortaja una linterna sorda.



VIII.

El capitán Martínez seguía al misterioso fantasma lleno de ansiedad: si la linterna se hubiera vuelto hacia Pablo Martínez, se hubiera contemplado aquella fisonomía siniestra, aquella mirada torva, y unos labios trémulos y convulsos por el coraje y la emoción.

Atravesaron los desmantelados corredores, multitud de departamentos derruidos; bajaron por una escalera húmeda y llena de yerba y penetraron en un patio estrecho.

El fantasma se detuvo.

Hemos llegado? preguntó Martínez.

—Sí, dijo el fantasma, amartilla tu pistola.

El capitán amartilló su revólver.

—Toma la linterna!

El capitán la tomó y dirigió el foco de luz al rostro de su misterioso interlocutor.

Nada pudo ver más que una careta negra y dos ojos centellantes tras del antifaz impenetrable.

—En aquel ángulo, dijo el fantasma, cerca del brocal del pozo, separa la yerba y encontrarás una argolla de hierro: no tires de ella, por el contrario, oprímela con fuerza, y cediendo el resorte te dará paso á una escalera: en el fondo está un aposento, allí es la tumba de tu infeliz madre y allí encontrarás al miserable seductor.

IX

El audaz guerrillero se dirigió al sitio indicado, separó los matorrales procurando no meter ruido alguno, encontró la argolla y la oprimió con la culata de la pistola.

El resorte levantó pausadamente la losa y el capitán se precipitó con violencia por aquellos escalones, en medio de la más densa obscuridad.

Reinaba en el aposento un silencio profundo y aterrador.

En el fondo estaba una mujer encadenada; dormía en uno de los rincones. En su faz demacrada se revelaban sus hondos sufrimientos, su cabello comenzaba á encanecerse, su boca entreabierta y sus ojos amortiguados indicaban que dormía profundamente.

En el otro extremo del aposento había una cama y en ella un hombre, que también estaba dominado por el sueño.

Aquello era el asilo del crimen y del infortunio.

Acercóse el guerrillero con la linterna y alumbró al que ya-
cía tendido en el lecho.

—¡El es! exclamó el capitán, el mismo cuya fisonomía no he olvidado un solo instante! ¡Despierta! le dijo sacudiendo aquel cuerpo raquítico.

Despertóse el viejo, quiso poner la mano á una pistola; pero ya era tarde, Martínez lo tenía asido por la garganta.

—¡Perdón! decía acobardado, ¡perdón!

—Entrégame á mi madre, miserable, ó te levanto la tapa de los sesos!

—¡Allí está! allí está! y señaló el oscuro rincón del aposento.

Al ruido despertó la mujer y al incorporarse crugieron las cadenas.

—¡Madre! exclamó el capitán con voz ahogada, y se precipitó en los brazos de aquella infeliz que no podía pronunciar una palabra.

—¡Pablo! dijo después de haber derramado un torrente de lágrimas, ¡hijo mío!.....yo me siento morir!

El rudo guerrillero lloraba como un niño.

Se arrodilló delante de su madre y le abrazó las rodillas.

—Perdóname, le decía; yo no soy buen hijo, te he dejado en manos de ese hombre en una agonía prolongada ¡perdóname!

—¿Y mi hija? preguntó la desgraciada.

—Vive; pero no sé de ella, madre.

—¡Quítame por compasión estas cadenas!

—¡Encadenada, Dios mío! ¡y ese hombre vive!

El viejo subió violentamente por la escalera, tocó el resorte, pero la losa no se levantó.

—¡Alguien está arriba, dijo con desesperación, estoy perdido.

El guerrillero desató las ligaduras y tomando del brazo á su pobre madre, dió una señal y la losa se levantó.

—Salga usted, le dijo á la anciana, y tú, le dijo al fantasma, llámame al teniente Quiñones y ven con él.

La vieja, acompañada del fantasma, se dirigió á una sala donde había algunas sillas empolvadas, y allí se sentó á esperar al capitán Martínez.

X

Quiñones dormía profundamente cuando la mano del fantasma lo despertó.